



## RECUERDOS DE UN GRANDE HOMBRE

A MI SOBRINO EL EXCMO. SR. D. CRISTÓBAL COLON Y LA-CERDA, MARQUÉS DE LA JAMAICA

## ROMANCE PRIMERO

EL NIÑO HAMBRIENTO

A media legua de Palos,  
Sobre una mansa colina,  
Que dominando los mares  
Está de pinos vestida,  
De la Rábida el convento,  
Fundacion de orden francisca,  
Descuella desierto, solo,  
Desmantelado, en ruinas.  
No por la mano del tiempo,  
Aunque es obra muy antigua,  
Sino por la infame mano  
De revueltas y codicias,  
Que á la nacion envilecen  
Y al pueblo desmoralizan,  
Destruyendo sus blasones,  
Robándole sus doctrinas.  
De este olvidado convento,  
Ante la portada misma,  
En la llana plataforma,  
Sitio de admirable vista,

Una mañana de marzo,  
Miéntras que solemne misa  
En la iglesia se cantaba,  
Y escaso concurso oia,  
Tres y medio siglos hace,  
Para gloria de Castilla,  
Apareció un extranjero  
De presencia extraña y digna,  
En aquel punto acababa  
De llegar allí; vestia  
Justillo de roja tela,  
Aunque usada y vieja, fina.  
Un manto de lana pardo  
Con mangotes y capilla,  
Un birrete de velludo  
Y de orejeras caidas,  
Unas portuguesas botas,  
Más enlodadas que limpias.  
Y bajo el brazo pendiente  
Un zurrón, saco ó mochila,

Donde un pequeño astrolabio,  
Una brújula marina,  
Un libro de devociones  
Y unos pergaminos iban.  
Despejada era su frente,  
Penetrante era su vista,  
Su nariz algo aguileña,  
Su boca muy expresiva;  
Proporcionados sus miembros,  
Y su edad, si no florida,  
Tampoco tan avanzada  
Que llegase á estar marchita.

Con el cariño de padre,  
De la mano conducia  
Un cansado y tierno niño,  
De belleza peregrina.  
Pues en su cándido rostro  
De rosa y jazmin, lucian  
Dos nobles ojos azules  
Llenos de inocencia y vida;  
Y desde su ebúrnea frente  
Por su cuello descendian  
Los cabellos anillados  
Que el sol miró con envidia.  
Ser dijérase el modelo  
Que de Urbino el gran artista,  
En los ángeles copiaba,  
Que tanto encanto respiran.  
Y de su gallardo padre  
A la sombra parecia  
Un lirio fresco y lozano  
Que nace al pié de una encina.

Este extraño personaje,  
Con esta criatura linda,  
Taciturno paseaba  
Con facha contemplativa.  
Ora por el mar de Atlante  
Que rizaban frescas brisas,  
Como buscando una senda  
Giraba ansiosa la vista.  
Ora allá en el horizonte  
De occidente la ponía,  
Cual si algun objeto viera,  
Inmóvil, clavada, fija.  
Y ya al cielo una mirada  
De entusiasmo y de fe viva

Daba, animando su rostro  
Una inspirada sonrisa;  
Y ya de pronto inclinando  
La frente á tierra, teñian  
Melancólicos colores  
Sus deslustradas mejillas.  
De sus hondos pensamientos  
Y de su inquietud continua,  
Sacóle la voz del niño  
Que pan y agua le pedia;  
Pues en cuanto oyó su acento  
Y vió su afliccion, se inclina,  
Tierno le toma en los brazos,  
Lo consuela, lo acaricia,  
Y diligente se acerca  
A la abierta portería,  
A demandar el socorro  
Que aquel ángel necesita.  
Recíbele afable un lego,  
Que éntre en el claustro le indica,  
Y que en un escaño espere  
Miéntras él va á la cocina.

Fray Juan Perez de Marchena,  
Guardian entónces por dicha,  
Junto á los viajeros pasa  
Volviendo de decir misa,  
Y curioso contemplando  
Su apariencia peregrina,  
Informóse del socorro  
Que cortésmente pedian.  
Y por un secreto impulso  
Que en favor de ellos le anima,  
Inspiracion de los cielos  
Que su nombre inmortaliza,  
O porque era religioso  
De caridad y de eximia  
Virtud, y muy compasivo  
Con cuantos allí venian,  
A aquellos huéspedes ruega  
Que en su pobre celda admitan  
Parte de su escaso almuerzo  
Y descanso á sus fatigas.  
Aceptado fué el convite,  
Y por la escalera arriba,  
El religioso delante  
Y el hijo y padre en pos iban,  
Formando un sencillo cuadro,  
Cuyo asunto ser dirian,  
El talento y la inocencia  
Con la religion por guía.

## ROMANCE SEGUNDO

## EL ALMUERZO

En el estrecho recinto  
De una franciscana celda,  
CÓmoda, aunque humilde y pobre,  
Y de extremada limpieza,  
De la Rábida el prelado  
Con sus dos huéspedes entra,  
Y despues que sendas sillas  
Les ofrece y les presenta,  
Abre franco y obsequioso  
Una mezquina alacena,  
De donde bizcochos saca,  
Una redoma ó botella  
Del vino más excelente  
Que da el condado de Niebla,  
Aceitunas, pan y queso,  
Y tres limpias servilletas,  
Acomodándolo todo  
En una redonda mesa,  
No léjos de la ventana  
Que daba vista á la huerta.  
En seguida llama al lego,  
Y que al punto traiga, ordena,  
Huevos con magras adunia,  
Y chanfaina si está hecha.  
Encargándole que todo  
Caliente y sabroso venga,  
Que no charle en la cocina,  
Ni se eternice y se duerma.

Dadas sus disposiciones,  
Al extranjero se acerca  
(Que por tal le ha conocido  
En el porte, traje y lengua),  
Con una taza le brinda,  
Y al niño que tome ruega  
Un bizcocho, que le alarga,  
Y lo acaricia y lo besa.  
Bebe el huésped, luégo bebe  
Fray Juan Perez de Marchena;  
Y el niño come el bizcocho,  
Toma un sorbo de agua fresca,  
Y con el zurron que el padre  
Se ha quitado, y puesto en tierra  
Sacando cuanto contiene  
Vivaracho travesea.  
El Guardian varias preguntas  
Hace al extranjero, acerca

De su patria, de su estado,  
Y del arte que profesa:  
Aunque aquellos instrumentos  
Con que la criatura juega,  
Que le son muy familiares,  
Ya casi se lo revelan.  
Que es genovés y viudo  
Atento el huésped contesta;  
Que es navegar su ejercicio,  
Y de piloto su ciencia.  
Y así como una vasija  
Que está rebosante y llena  
De un líquido, algo derrama  
A muy poco que la muevan;  
Dió indicios claros, patentes,  
En sus fáciles respuestas,  
De aquel grande pensamiento,  
Portentoso, que le alienta,  
Que exclusivo su alma absorbe,  
Que es la sangre de sus venas,  
Que es el aire que respira,  
Que es ya toda su existencia,  
Y que causó los extremos  
Que delante de la iglesia,  
El mar contemplando, hizo,  
Como referidos quedan.  
Que el occidente escondia,  
Dijo, riquísimas tierras,  
Que era el ancho mar de Atlante  
De la gran Tartaria senda,  
Y que dar la vuelta al mundo  
Para él cosa fácil era;  
Con otras raras especies,  
Tan inauditas, tan nuevas,  
Que al escucharle, pasmado  
Fray Juan Perez de Marchena  
(Aunque á osados mareantes  
Hablabá con gran frecuencia,  
Por haber muchos en Palos,  
Y aunque sabe las proezas  
Y raros descubrimientos  
De las naves portuguesas);  
No acierta si está escuchando  
A un orate ó á un profeta,  
Si es un ángel ó un demonio  
El hombre que está en su celda.  
Mudo se alza, llama al lego  
Y que busque á toda priesa

Le manda á Garci-Fernandez,  
Que estaba há poco en la iglesia.  
No tardó Garci-Fernandez  
En presentarse en la escena  
Con el lego, que el almuerzo  
Colocó sobre la mesa.  
Era médico de Palos,  
Hombre docto y de experiencia,  
De sagacidad y astucia,  
De malicia y de reserva.  
Viejo y magro, pero fuerte,  
Mellado, la cara seca,  
Calvo, la barba entrecana  
Y la tez tosca y morena.  
De estezado una ropilla,  
Calzas de burda estameña,  
La capa de pardo monte  
Y el sombrero de alas luengas,  
Era su traje. La mano  
Y el hábito al fraile besa,  
Y al incógnito saluda  
Con curiosidad inquieta.

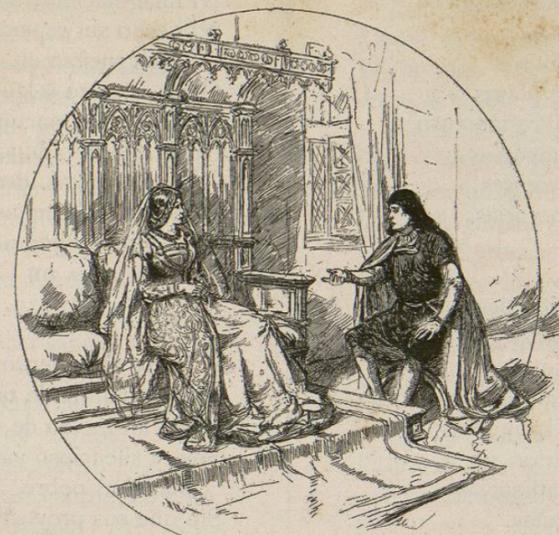
El médico, el extranjero  
Y el padre Guardian se sientan,  
Dando al almuerzo principio,  
Y mutuamente se observan.  
Pero el silencio interrumpe,  
Despues de haber hecho seña  
Al sagaz Garci-Fernandez,  
Fray Juan Perez, y comienza  
A hablar de navegaciones  
Y desconocidas tierras,  
Preguntándole á su huésped  
Su parecer sobre ellas.  
Fué bastante haber tocado  
Con sagacidad la tecla,  
La facilidad verbosa  
Del genovés se despliega.  
Y con aquellas razones  
De convencimiento llenas,  
Con que se sienta y sostiene  
Lo que se sabe de veras,  
Sus inspiraciones pinta,  
Sus observaciones cuenta,  
Su sistema desenvuelve,  
Sus proyectos manifiesta.  
Recorre á sus pergaminos,  
Los desarrolla, y enseña  
Cartas que él mismo ha trazado  
De navegar, mas tan nuevas,  
Y segun él las explica,  
En cosmográfica ciencia  
Demostrándose eminente,  
Tan seguras y tan ciertas;

Que el pasmo del religioso  
Y su indecision aumentan,  
Mientras al médico encantan,  
Le convencen y embelesan.  
De aquel ente extraordinario  
Crece la sábia elocuencia,  
Notando que es comprendido,  
Y de entusiasmo se llena.  
Se agranda, brillan sus ojos  
Cual rutilantes estrellas,  
Brotan sus labios un rio  
De científicas ideas:  
No es ya un mortal, es un ángel,  
De Dios un nuncio en la tierra,  
Un refulgente destello  
De la sábia Omnipotencia.  
Comunica su entusiasmo,  
Que el entusiasmo se pega,  
A los que atentos lo escuchan,  
A los que mudos lo observan.  
El médico, el religioso,  
Y hasta el lego que á la mesa  
Sirve, y ha escuchado inmoble,  
Y con tanta boca abierta,  
Mas sin entender palabra,  
En entusiasmo se queman:  
Y de haber visto aquel dia  
Dan gracias á Dios sus lenguas.  
Y piden que luégo, luégo,  
Se lleve á cabo la empresa,  
Y quieren ir, y una parte  
Tener en las glorias de ella.  
Y ya se ven en los mares,  
Y ya en ignoradas tierras,  
Y ya el asombro del mundo  
Con nombre, y con fama eterna.  
Formando la celda un cuadro  
Digno de que en él hubieran  
O Zurbaran ó Velazquez  
Apurado sus paletas.

Mas ¡ay! pronto de aquel cielo  
De ilusiones halagüeñas,  
Bajan á lo positivo  
De la miserable tierra;  
Cuando en sí mismos volviendo  
Reconocen su impotencia,  
Y los elementos grandes  
Que há menester tal empresa.  
Se hallan como el desdichado  
Que en pobre lecho despierta,  
Cuando soñaba que un trono  
Era poco á su grandeza.  
Pues de un oscuro piloto  
Volviendo á entrar en la esfera

El genovés, abatido  
 Les refiere su pobreza:  
 Que no han querido ayudarle  
 Ni su patria, ni Venecia,  
 Que la corte de Lisboa  
 Se burla de sus propuestas;  
 Que los sabios no le entienden,  
 Que los ricos le desprecian,  
 Que los nobles no le escuchan,  
 Que el vulgo le vilipendia.  
 Mas como despues, añade,  
 Que aún la esperanza le alienta  
 De encontrar grata acogida  
 En el rey de la Inglaterra;  
 Donde ya tiene un hermano  
 Con proposiciones hechas,  
 Y que él mismo, á acalararlas,  
 Ir allá muy pronto piensa;  
 El amor patrio, más puro  
 En las españolas venas  
 Del médico y del prelado,  
 Se inflama y súbito truena;  
 Pues unánimes prorumpen:  
 «De España la gloria sea;  
 No busqueis lejanos reinos  
 Cuando el mejor se os presenta;  
 »Y el que sediento de gloria  
 Más imposibles anhela.  
 Corred, buscad el apoyo  
 De la castellana reina,  
 »De doña Isabel invicta,  
 Que es la más grande princesa  
 Que han admirado los siglos,  
 Y que ha ceñido diadema.»  
 De los dos el entusiasmo  
 También á su vez se pega  
 Al genovés, y aquel nombre  
 Pronunciado con tal fuerza  
 Por el físico y el fraile,  
 El alma y pecho le llenan  
 De esperanza tan vehemente,  
 Que sus planes desconcierta.  
 En sus rutilantes ojos,  
 Como en su boca entreabierta,  
 Y en su palpitante pecho,  
 Y en su animada apariencia,  
 El sagaz Garci-Fernandez  
 Lo conoce, y «No se pierda

Momento, prosigue; al punto  
 Id á Córdoba, que es cerca.  
 »Allí encontrareis la corte:  
 Pues el cielo os la presenta  
 Tan inmediata, propicia  
 La hallareis, nada os detenga.»  
 Y fray Juan Perez añade:  
 «Marchad, sí, Dios os lo ordena.  
 Carta os daré para el padre  
 Hernando de Talavera,  
 »Religioso de valía  
 Que es confesor de la Reina.  
 Y porque ningun cuidado  
 Vuestra jornada entorpezca,  
 »Este vuestro tierno niño  
 Aquí en el convento queda,  
 De mi seráfico padre  
 So la proteccion inmensa.»  
 No dijeron más. Escribe,  
 Dando la cosa por hecha,  
 La carta Garci-Fernandez,  
 Fray Juan Perez de Marchena  
 La firma; su propia mula  
 Ensillar al punto ordena,  
 Y las pródidas alforjas  
 Preparar en la despensa.  
 Todo está listo. Y entónces  
 Cual si alguna oculta fuerza  
 Le compeliere, el piloto,  
 Que aun no habia dado respuesta,  
 De pié se puso, y resuelto  
 Exclama de esta manera:  
 «A Córdoba, Dios lo quiere,  
 Su gracia me favorezca.»  
 Al tierno y precioso niño  
 Acaricia, abraza y besa,  
 No sin lágrimas sus ojos,  
 No su corazon sin pena.  
 A rezar un corto rato  
 Vase devoto á la iglesia,  
 Do el escapulario viste  
 De la seráfica regla.  
 De sus dos nuevos amigos  
 Se despide ya en la puerta,  
 Cabalga, aguija, y á trote  
 De la Rábida se aleja.



## ROMANCE TERCERO

LA DAMA

De Abderramen la mezquita  
 Y de Almanzor las murallas,  
 Y el puente de Julio César,  
 Y las vividoras palmas,  
 Que más de dos luengos siglos  
 Muerto ornato se miraban  
 Del sepulcro de un imperio,  
 O de una tumba de hazañas;  
 Como evocadas reviven,  
 Las musgosas frentes alzan,  
 Y para Córdoba juzgan  
 Que una nueva aurora raya.  
 Y que renacen los días  
 De gloria, poder y fama,  
 En que Atenas de Occidente,  
 En que Roma musulmana,  
 O ilustró al mundo con ciencias,  
 O rindió al mundo con armas,  
 Como de sabios emporio,  
 Como de guerreros patria.

Los dos católicos reyes  
 Que son Atlantes de España,  
 Los que un imperio fundaron  
 Que ningun imperio iguala,  
 A Córdoba han elegido  
 Para corte, centro y plaza  
 De los bélicos aprestos  
 Que han de triunfar en Granada.  
 Los grandes y ricos-homes  
 Acuden con sus mesnadas,

Y con todo el aparato  
 De sus espléndidas casas.  
 Allá envian sus pendones  
 Las ciudades más lejanas,  
 Con sus bravos caballeros  
 Y con sus huestes gallardas;  
 Allí los Grandes-Maestres  
 Sus estandartes levantan,  
 Y allí Prelados concurren,  
 Y allí Legados del Papa.  
 Los personajes de corte,  
 Los magistrados de fama,  
 Los más ilustres señores  
 Y las más apuestas damas.  
 Y llégan aventureros  
 Y soldados de ventaja,  
 Y jinetes, y peones,  
 Ballesteros y hombres de armas.  
 Y cual nube de pardales  
 Que viene á la seca parva,  
 O cual reguero de hormigas  
 Que al costal volcado ataca,  
 Traficantes, labradores  
 Y ganaderos se afanan  
 En apurar la moneda  
 Con sus ventas y contratas.

Por ciudad de encantamento  
 A Córdoba reputara,  
 Quien notase su bullicio,  
 Quien oyese su algazara.